

JOSÉ MANUEL FLORES EUDAVE

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

OCTAVIO PAZ

LOS INTELLECTUALES, LA MODERNIDAD Y LA CRÍTICA

HOMENAJE A CIEN AÑOS DE SU NACIMIENTO

jmanyfloer@hotmail.com

Recepción: Junio 2014

Aceptación: Septiembre 2014

RESUMEN

El 31 de marzo de este año se cumplieron cien años del nacimiento de Octavio Paz, intelectual y poeta que es sin duda un gran referente del pensamiento latinoamericano. Es por eso que en el presente trabajo queremos conmemorar a este gran pensador introduciéndonos en dos de sus obras ensayísticas: *Postdata* y *El ogro filantrópico*, en las que aborda una variedad de temas que van de lo filosófico a lo histórico, y de lo político a lo literario. En especial nos centraremos en el tema de los intelectuales y la crítica, tomando como contexto la situación latinoamericana y tratándonos de poner en diálogo con la modernidad.

PALABRAS CLAVE

Octavio Paz. Modernidad. Progreso. Crítica. Intelectuales. Latinoamérica.

RESUMO

No dia 31 de março desse ano foi o aniversário de cem anos do nascimento de Octavio Paz, intelectual e poeta que é sem dúvidas um grande referente do pensamento de América Latina. É por isso que nesse trabalho queremos comemorar esse grande pensador analisando dois de seus ensaios: *Postdata e O ogro filantrópico*. Neles ele aborda uma variedade de assuntos que vão desde a filosofia até história, e desde a política até a literatura. Vamos nos centrar no assunto dos intelectuais e a crítica, tomando como contexto a situação de América Latina e tentando colocá-la em diálogo com a modernidade.

PALABRAS-CHAVE

Octavio Paz. Modernidade. Progreso. Crítica. Intelectuais. América Latina.

Quien ha visto la Esperanza, no la olvida.
 La busca bajo todos los cielos y entre todos los hombres.
 Y sueña que un día va a encontrarla de nuevo,
 no sabe dónde, acaso entre los suyos.
 En cada hombre late la posibilidad de ser o,
 más exactamente, de volver a ser, otro hombre.

Octavio Paz
El laberinto de la soledad

1. INTRODUCCIÓN

Octavio Paz no era un hombre, era fuego que ardía constante en palabras. Dueño de una prosa ágil, vital y apasionada, en su pensamiento se armoniza el rigor crítico y la apertura a la pluralidad de ideas; la entereza moral y la humildad intelectual volcadas en tintas de pasión, poesía e ironía.¹ Corazón, conciencia y voz, sus palabras transitaron muchos caminos revelando con profundidad y justicia las ideas y los hechos que marcaron el siglo XX. Su testimonio sigue siendo fecundo como su obra. En sus reflexiones encontramos luces y señales que muestran no un exhaustivo desarrollo de ideas, sino una revelación de caminos y visiones.

Entendía que la labor reflexiva y crítica del pensador es fundamental. Los intelectuales no se pueden abstraer de sus circunstancias históricas para refugiarse en ideas abstractas o en sistemas cerrados. Por eso se auto-identificaba con los escritores que defienden a los hombres de carne y hueso antes que a las abstracciones, los sistemas y las ortodoxias.² Sus ensayos son un diálogo y un compromiso fecundo con las creencias, las ideas y los hechos que sucedieron en el siglo de las guerras y del progreso.

Se volvió testigo y profeta –en sus sentidos más radicales– de su tiempo, mantuvo siempre un compromiso constante con la libertad de la palabra, con el hombre total –con sus creencias e ideas. Paz fue un pensador preocupado por sus circunstancias, por un México en pugna y crisis, por la América Latina llena de contradicciones, por las ideologías y ambiciones que mermaron –con guerras, holocaustos, torturas e injusticias– la vitalidad, la salud y la capacidad creadora de los hombres del siglo XX.

Este semblante general de su vida y de su obra nos ayudará a introducir y desarrollar algunas ideas claves para comprender mejor su pensamiento. Paz nunca desarrolló una propuesta metafísica o ética, pero sus ideas son, como lo mencionamos antes, semillas, invitaciones a la reflexión seria y comprometida; apologías del pensamiento, de la libertad, de la palabra, de la crítica: una defensa del hombre total.

En este trabajo queremos detenernos en algunas ideas que aparecen como hilo conductor en los ensayos *Postdata* y *El ogro filantrópico*, de 1969 y 1979 respectivamente. En ellos Paz sugiere al lector una reflexión profunda acerca de varios temas filosóficos, históricos y políticos. A nosotros nos interesará introducirnos sobre todo en tres ideas clave: la necesidad de la crítica en la tarea intelectual y en todas las acciones públicas del hombre, la situación latinoamericana con respecto a la crítica, y el por qué para Paz Latinoamérica nunca fue moderna.

2. LA CRÍTICA: DEBER DE ESCRITOR Y TAREA INTELECTUAL

Asumir la vocación intelectual no es sólo abandonarse al estudio arduo y a la meditación de las grandes ideas que se han engendrado en la filosofía durante la historia. Aunque sea éste un trabajo necesario, no alcanza para comprender el presente. El hombre no sólo es espíritu o intelecto, tenemos un ser que es además corporal y temporal.

Los intelectuales, insertos en una cultura y en un tiempo, para poder curarse de caer en una intelectualidad abstracta y para evitar una miopía ante la realidad, tendrán que profundizar con sinceridad y desinterés sus propias circunstancias. En Paz hay una búsqueda constante por *comprender su tiempo y su historia*, y este *comprender* es algo que va más allá de la reflexión y del saber erudito. En palabras de Hannah Arendt *comprender* “es una actividad sin fin, siempre diversa y mutable, por la que aceptamos la realidad, nos reconciliamos con ella, es decir, tratamos de sentirnos en armonía con el mundo”.³

Para poder *comprender* hay que adentrarse y aceptar la realidad sin prejuicios. La comprensión del mundo implica la propia comprensión: la actividad de *comprender* es necesaria porque puede dar sentido y prodigar nuevos recursos al espíritu.⁴ La comprensión engloba historia, reflexión y sentimiento; y el resultado de la comprensión es fidelidad, justicia, prudencia y sentido frente a la realidad. En esta búsqueda arendtiana por *comprender* podemos enmarcar también el pensamiento de Octavio Paz.

El acto de *comprender* ocurre cuando aceptamos el presente sin prejuicios y nos reconciliamos con él. Esta aceptación es también como un comenzar de nuevo que puede dar sentido a nuestras acciones presentes y futuras. Cuando comprendemos algo es porque hemos alcanzado la luz necesaria que nos hace ver con claridad una idea en la historia o en las circunstancias de nuestra vida y de nuestro tiempo.

Para Paz la comprensión es una condición fundamental para la crítica. *Comprensión* y *crítica* son los dos cimientos fundamentales de la actividad intelectual. Sin comprensión no puede haber una crítica certera, y sin la crítica

necesaria no puede haber un diálogo fecundo de ideas y una búsqueda auténtica de la verdad.

Paz asume que *la crítica* es uno de los aspectos positivos que se rescatan de la Ilustración y una idea clave de toda la modernidad. Para el Premio Nobel mexicano *la crítica* y *la auto-crítica* son necesarias en todas las acciones del hombre: la filosofía, la política, el arte, la cultura o la economía. La crítica debe ser una invitación cordial a descubrir y esclarecer una verdad o un bien, una luz que nos haga ver los caminos y las oscuridades que antes no podíamos ver.

Sin embargo, para que la crítica sea esclarecedora tendrá que ir acompañada de algunas condiciones: tendrá que ser libre, y tendrá que estar impulsada por la justicia y la prudencia. Sólo así se pueden abrir nuevas posibilidades de búsqueda, de libertad y de diálogo. Dice Paz: “la crítica, esa actividad que consiste, tanto o más que en conocernos, en liberarnos. La crítica despliega una posibilidad de libertad y así es una invitación a la acción”.⁵

¿Cuál será entonces el deber del intelectual? “El intelectual ante todo y sobre todo debe cumplir su tarea: escribir, investigar, pensar... enseñar. Ahora bien, la crítica es indispensable del quehacer intelectual”.⁶ Y la finalidad de las investigaciones, los escritos, las reflexiones y las enseñanzas será dar luz, hacer explícito y público lo que muchas veces está implícito en ideas e ideologías, despejar las confusiones y lograr que sus interlocutores lleguen a reflexionar y *comprender* lo que él reflexiona y comprende.⁷

Así también, la finalidad de la literatura, ya sea mediante manifestaciones poéticas, filosóficas o históricas es hacer visible el mundo, mostrarlo tal cual es: describiéndolo en hechos o ideas, o trascendiendo estos hechos y llegando a dimensiones más profundas del hombre y de la realidad. Pero toda presentación de la realidad incluye implícita o explícitamente su crítica.

No nos avergüenza decir que la literatura es nuestro oficio y nuestra pasión. Ciertamente, la literatura no salva al mundo; al menos lo hace visible: lo representa o mejor dicho lo presenta. A veces también lo transfigura; y otras lo trasciende. La presentación de la realidad incluye casi siempre su crítica.⁸

En este sentido, los grandes de la literatura han sido también grandes críticos: De los trágicos griegos a Dostoievski, de Dante a George Orwell, de Shakespeare a Aldous Huxley, de Cervantes a Unamuno. Todos estos genios de la literatura tienen en común este principio: a través de sus novelas, al presentarnos una realidad nos sugieren también su crítica: crítica del actuar desequilibrado e irracional, crítica del sistema totalitario, crítica de la indiferencia social o de la deshumanización del hombre contemporáneo. Parecería que estos grandes de la

literatura al momento de presentarnos una realidad nos quisieran mostrar también las consecuencias de la desmesura humana o “*hybris*”.

Por esta razón, cuando Paz afirma que la presentación de la realidad incluye directa o indirectamente su crítica, dice también que la crítica no consiste en otra cosa que en “dar luz”, es decir, la crítica y la voluntad de “dar luz” tendrán que ser inseparables. Con esto nos quiere reconducir a su sentido más radical. El verbo *κρίνειν* tiene un rico y amplio significado: “separar, distinguir, interpretar, explicar, decidir, juzgar”; y el sustantivo *κριτικός* significa: “capaz de discernir o juzgar”.⁹

El *κριτικός*, para poder ser “capaz de discernir”, necesita una cierta sabiduría y una entereza moral a prueba de parcialidades y servilismos. Esta capacidad intelectual y moral es análoga a tres de las clásicas virtudes cardinales, que se suelen olvidar con mucha facilidad en la tarea intelectual: la prudencia, la justicia y la fortaleza. La prudencia es la sabiduría práctica encarnada que nos permite obrar bien en el aquí y ahora, la justicia es dar a cada quien lo que se merece, es decir, reconocer la verdad venga de donde venga, y la fortaleza es la virtud que nos permite mantenernos firmes en la búsqueda del bien arduo, esto es, firmes en la búsqueda de la verdad aunque esto conlleve muchas dificultades.

Sin el ejercicio de estas virtudes podríamos olvidar muy fácilmente la fidelidad a la verdad, y podríamos caer en servilismo, ya sea a un partido, a un sistema o a una ideología. Para Paz esto fue lo que lamentablemente ocurrió en el siglo XX con muchos intelectuales. Es llamativo el carácter cuasi religioso con el que muchos se entregaron ciegamente a una ideología. Quizá el ejemplo más claro sea la adhesión de tantos pensadores y artistas europeos y latinoamericanos a los ideales y propuestas de acción del marxismo, una adhesión que estuvo acompañada casi siempre por una significativa cerrazón ante la realidad.

Casi todos los escritores de Occidente y de América Latina, en un momento o en otro de nuestras vidas, a veces por un impulso generoso aunque ignorante, otras por debilidad frente a la presión del medio intelectual y otras por simplemente “estar a la moda” hemos sufrido la seducción del leninismo.¹⁰

Más adelante agrega que ante este mal endémico de los intelectuales del siglo XX, la única solución tendrá que estar impulsada por el renacimiento del espíritu crítico:

Nuestro tiempo nos pide a todos y especialmente a los intelectuales no el abandono sino el rigor. Sólo el renacimiento del espíritu crítico puede darnos un poco de luz en la gran oscuridad de la historia presente.¹¹

¿Cómo podrá el intelectual mantenerse fiel a la realidad, a su tiempo y a la dignidad del hombre dentro de un ambiente que muchas veces se deja llevar por ideas y propuestas de acción que se manifiestan como “modas”, como si esas modas

fuesen “el espíritu absoluto” al que todos tendrán que adherir? Nadie podrá dudar de que el marxismo tiene un poder de seducción muy grande, a tal punto que en el siglo XX se introdujo en las universidades, los centros artísticos y los cafés con una rapidez que asombraría al mismo Marx.

Pero, ¿Por qué la crítica y la autocrítica de los que abrazaron las causas de Marx estuvieron ausentes en sus reflexiones? ¿Acaso no se daban cuenta de lo que sucedía en la realidad? de Europa del Este a Cuba y de China a Rusia los ejemplos sobran: Lenin y su dictadura del partido, Stalin y su dictadura de estado...

El único camino y la única salida del intelectual si quiere mantenerse fiel a su vocación será no declinar y volverse servil ante el poder, no cerrarse por completo a sus ideas y no adherir a causas que vayan en contra de la libertad y la dignidad del hombre. Para Paz uno de los peores vicios del intelectual es la actitud maniquea de cerrarse en sistemas y condenar *a priori* al que piensa distinto. Entendía que el mundo es plural y que es peligroso hacer dicotomías que absoluticen lo bueno y lo malo. El mundo tiene un carácter dialogal y es esencial para la salud de una cultura que este carácter dialogal se vuelva vida en los hombres.

Es cierto, el intelectual nunca puede ser totalmente imparcial, pero en sus reflexiones tendrá que ser crítico y autocrítico, dispuesto a escuchar y dialogar con las ideas que rondan en el ambiente. Pero sobre todo el escritor, el que reflexiona sobre su tiempo, tendrá que ser el *testigo*, el gran defensor del hombre de su tiempo, una actitud que exige un cierto grado de fortaleza y heroísmo: “Hay que usar una palabra más antigua y todavía con sabor religioso, con sabor a muerte y a sacrificio: *testigo*. En el siglo de los falsos testimonios, un escritor se vuelve testigo del hombre”.¹²

Una de las grandes iniciativas que realizó Paz para ser un *testigo* del hombre y de su tiempo fue fundar dos revistas que llegaron a tener buena repercusión internacional durante los años setentas y ochentas.¹³ Primero con *Plural* y posteriormente con *Vuelta*, Paz buscaba asegurar un espacio de libertad pública para que las ideas de los pensadores latinoamericanos tuvieran voz.

Con la colaboración de escritores y pensadores internacionales, *Plural* y *Vuelta* fomentaron un espacio propicio para el diálogo de ideas en un medio que aseguraba la libertad de la palabra. En las revistas tuvieron voz una gran variedad de pensadores, escritores y críticos literarios: de Borges a Ciorán, de Cortázar a Camus, de Serge a Breton... Carlos Fuentes, Segovia, Milan Kundera, Vargas Llosa, Czeslaw Milosz, Ullan, Savater, Enzensberger, Cabrera Infante, Lévi-Strauss, Adolfo Bioy Casares o Roberto Juarroz, por nombrar sólo algunos.

En la sección anterior desarrollamos la revaloración que hace Paz del concepto de *crítica* y *auto-crítica*, revaloración que según afirma, es uno de los aspectos positivos de la modernidad. Ahora bien, a partir de esta reflexión, demos un paso más para pensar nuestra realidad latinoamericana: ¿en qué circunstancias se encuentra Latinoamérica en relación a la *modernidad* y a la *crítica* según Paz?

Para Paz la modernidad significó principalmente una ruptura, y la *crítica* fue la gran gestora de esta ruptura que trajo cambios significativos en el pensamiento y la acción de los hombres a partir del siglo XVIII. La ruptura la podemos simbolizar a la vez como negación y como parto. La modernidad es esa gran voluntad de crear algo nuevo, gestada por la *crítica* e impulsada por el imperativo categórico del *progreso*. En esta idea se condensaron en grandes rasgos las aspiraciones del hombre moderno.

Pero, según Paz, en Latinoamérica esta ruptura ni siquiera la hemos sabido asumir, o dicho de otra forma, la modernidad siempre ha sido para nosotros los latinoamericanos algo que nunca llegamos a conocer, ni a experimentar completamente.

Al principiar el siglo XIX decidimos que seríamos lo que eran ya los Estados Unidos: una nación moderna. El ingreso a la modernidad exigía un sacrificio: el de nosotros mismos. Es conocido el resultado de ese sacrificio: todavía no somos modernos, pero desde ese entonces andamos en busca de nosotros mismos.¹⁴

Nuestra búsqueda de modernidad tanto en lo filosófico, lo político y lo ético ha sido fundamentalmente un intento de imitación de los modelos y las ideas que surgieron en Europa y Norteamérica a partir de la Ilustración. Estas ideas promovieron, por una parte, la autonomía del hombre y su razón con respecto a la religión y la fe; y, por otra, la búsqueda de un progreso indefinido en el cual estaba puesta la nueva fe y las aspiraciones del hombre moderno.

Pero la teleología del progreso no ha sido –como creían los Ilustrados– la gran cura de la humanidad. Este culto al progreso al que tanto idolatramos desde hace más de dos siglos, se nos apareció de pronto como un culto suicida en el siglo XX. ¿Progreso hacia dónde y para qué? La lucha por el progreso generó avances en la ciencia y la tecnología, pero también generó guerras, sometimientos y destrucción.

Lo mismo las facciones de derecha que las de izquierda, aunque irreconciliables, coinciden en el mismo culto suicida al progreso... El progreso era una idea no menos misteriosa que la voluntad de Alá para los musulmanes o la Trinidad para los católicos, pero movió las almas y las voluntades durante dos siglos. Hoy nos preguntamos: ¿progreso hacia dónde y para qué? Resulta inútil extenderse sobre los síntomas de lo que desde hace cerca de cincuenta años se llama “la crisis de la civilización de Occidente”... es una crisis política y moral.¹⁵

Pero... ¿cuál será la principal razón del fracaso moderno en América Latina? Según Paz, la modernidad fracasó porque en lo profundo de nuestro ser los latinoamericanos no somos modernos. Nuestras actitudes ante la vida o la muerte, nuestra composición familiar, nuestro culto al Presidente o al caudillo, nuestro sentido de lo religioso no son modernos. Tenemos un curioso y quizá poco valorado apego a conservar antes que a aceptar algo nuevo o progresista.

El progreso sólo ha logrado ser una palabra estéril, un discurso hueco que han utilizado tanto las democracias progresistas como las dictaduras de partido o militares, un discurso misterioso que se fue instalando de a poco en nuestra historia y que sigue presente en nuestro lenguaje y en nuestros sistemas educativos, pero que nunca pudimos entender ni vivir del todo: ¿progreso hacia dónde y para qué? Queremos ser modernos, pero... ¿entendemos qué es la modernidad?

Por eso Paz afirma:

La mayoría de nuestras actitudes profundas ante el amor, la muerte, la amistad, la cocina, la fiesta, no son modernas. Tampoco lo son nuestra moralidad pública, nuestra vida familiar, el culto a la Virgen, nuestra imagen del Presidente... creo que como los otros países de América Latina, México debe encontrar su propia modernidad. En cierto sentido debe inventarla. Pero inventarla a partir de las formas de vivir y morir, producir y gastar, trabajar y gozar que ha creado nuestro pueblo. Es una tarea que exige aparte de circunstancias históricas y sociales favorables, un extraordinario realismo y una imaginación no menos extraordinaria. No necesito recordar que el renacimiento de la imaginación, lo mismo en el dominio del arte que en el de la política, siempre ha sido precedido por el análisis y la crítica.¹⁶

Desde sus inicios la modernidad causó y promovió una gran ruptura en occidente: ruptura entre la razón y la fe, entre lo público y lo privado, entre la Iglesia y el Estado. Para Paz esta ruptura introdujo una nueva cosmovisión del mundo, una nueva forma de entender la razón y la fe, la vida y la muerte. Pero esta ruptura no fue asumida del todo en América Latina porque en nuestro ser más profundo no somos modernos. La tarea latinoamericana será entonces seguir buscando formas, ideas y políticas que vayan acorde a lo que somos y que preserven la salud individual y colectiva de nuestros pueblos. Necesitamos con urgencia saber asumir esta visión moderna y las ideas que nos siguen llegando de los países que consideramos modernos.

Sin embargo hay otro factor que señala en Latinoamérica esta modernidad fallida. Para Paz coexiste en nuestro ser una notable ausencia de crítica y autocrítica, y es esta falencia la que más evidencia nuestra modernidad fallida. Los intelectuales latinoamericanos, algunas veces por susceptibilidad, otras por orgullo o arrogancia, han mostrado una singular incapacidad para el diálogo y para la crítica, y ni qué decir para la autocrítica.

¿Por qué no discutir estos temas en un ámbito nacional?... Muy pocos intelectuales han hecho la crítica de la modernización... ¿Por qué no poner en entredicho los proyectos ruinosos que nos han llevado a la desolación que es el mundo moderno y diseñar otro proyecto, más humilde pero más humano y más justo?¹⁷

Esta ausencia no sólo es intelectual, sino moral; la vivimos a diario: nos cuesta escuchar, nos cuesta aceptar que estamos equivocados, nos cuesta reconocer lo bueno o verdadero que nos dice el otro; el diálogo se nos ha vuelto una tarea extraordinaria. Se hace muy poca crítica con imaginación y proyección porque muy pocos están capacitados para discernir y dialogar con realismo. Esta ausencia se evidencia en muchas esferas de la vida pública: en la política, en los medios de comunicación, en la educación.

Nosotros todavía no aprendemos a pensar con verdadera libertad. No es una falla intelectual sino moral: El valor de un espíritu, decía Nietzsche, se mide por su capacidad para soportar la verdad. Una de las razones de nuestra incapacidad para la democracia es nuestra correlativa incapacidad crítica.¹⁸

Dicho esto, hago también una invitación a la reflexión comprometida: ¿Desde dónde se para el intelectual para pensar su tiempo? ¿Desde una comprensión profunda surgida de mirar con atención la realidad y sus circunstancias?, ¿o desde algunas ideas o estructuras prefiguradas *a priori*?

Comprender nos ayuda a mirar con realismo y prudencia nuestra vida y nuestra historia y nos resguarda de caer en ideologías o pensamientos abstractos. Una tarea fundamental para el pensamiento latinoamericano será pues ésta: *comprender* bien lo que somos, nuestra historia, nuestras creencias, nuestras instituciones, nuestras virtudes, nuestros principios, pero también nuestros vicios y falencias.

Y nosotros los hispanoamericanos y los españoles, ¿no es hora de que veamos con mayor sobriedad y realismo nuestro presente y nuestro pasado? ¿Cuándo tendremos un pensamiento político propio? Un siglo y medio de caudillos, pronunciamientos y dictaduras militares ¿no nos ha abierto los ojos?... Necesitamos nombrar nuestro pasado, encontrar formas jurídicas que lo integren y lo transformen en una fuerza creadora. Sólo así empezaremos a ser libres.¹⁹

Esta tarea no es fácil, requiere esfuerzo, dedicación y compromiso, además de circunstancias sociales favorables. Señalaremos sólo dos dificultades actuales: hay un divorcio notable de la política y la investigación intelectual, ya sea ésta histórica, filosófica o sociológica. Si la labor intelectual se compromete para dialogar en un esfuerzo por integrar el pasado y el presente, y si esta labor por *comprender* no cala en la esfera política, tendrá poco sentido práctico esta tarea.

Otro tema que nos preocupa y que nos imposibilita en esta labor es la gran ausencia de capacidad crítica en la gente común. Son varias y conocidas las causas

y no nos detendremos en ellas. Cabe sólo señalar que los hombres no están acostumbrados a pensar porque en su gran mayoría la visión del mundo se reduce del trabajo al entretenimiento. Quizá más bien este estado de empobrecimiento de la experiencia humana *trabajo-entretenimiento*, en el que *el comprender* se ha vuelto una actividad extraña, sea una conveniencia política.

4. PRESENTE Y FUTURO LATINOAMERICANO

¿Cuáles son las posibles salidas? Si —cómo lo señala Paz— los intelectuales latinoamericanos han mostrado y siguen mostrando una notable incapacidad para la crítica, ¿cómo podrán ser luz en el tenebroso bosque de ideas que circundan nuestro tiempo? ¿Quién levantará la voz para señalar las contradicciones de las ideas que merman la inteligencia y la voluntad del hombre? El intelectual tiene un llamado especial en todo tiempo y en toda cultura: ser un testigo insobornable del hombre.

En el final de *El ogro filantrópico* Paz termina haciendo una exhortación a la reflexión y a la comprensión de nuestro tiempo y de nuestras circunstancias para evitar así caer en lo que él llama “la peor intoxicación: la ideológica”. Y para esta comprensión necesitamos más que nada humildad y realismo.

El examen del pasado inmediato y de presente nos cura de la peor intoxicación: la ideológica. Hay que acercarse a la realidad con humildad. Necesitamos elaborar programas que correspondan a nuestra historia y a nuestro presente.²⁰

La herencia que deja Octavio Paz para México y Latinoamérica es rica y diversa: Una fecunda y variada obra poética muy marcada por el surrealismo francés, y una gran variedad de ensayos periodísticos, filosóficos, teológicos, sociológicos e históricos que demuestran un gran criterio y una gran visión intelectual. Fue un pensador que con sus reflexiones logró poner al lector en diálogo con su tiempo, aportándole luz en las oscuridades.

En este breve artículo introdujimos y planteamos brevemente sólo tres de esas reflexiones, que por razones obvias no pudimos desarrollar con una mayor profundidad, pero que dejamos como posibles trabajos de investigación a futuro o para los lectores interesados.

5. PALABRAS FINALES

Octavio Paz murió en 1998. Los que estuvieron cerca de él afirman que negando toda posibilidad de trascendencia y con un profundo gesto de angustia exhaló el último aliento. En contraste con esta negación, sus reflexiones señalaban siempre una búsqueda metafísica, la búsqueda de su propio ser y de aquella Palabra que tuviese vida: “Ando en busca del nombre desde entonces”.²¹ Sus reflexiones e ideas son apologías del hombre, de su dignidad, de su libertad, de su capacidad creadora e imaginativa. Paz fue siempre una mirada atenta, una voz que habló con

la dureza de la verdad desnuda, además de un poeta comprometido con esa misma palabra creadora.

¹ PAZ, *El ogro filantrópico*, Seix Barral, Barcelona, 1990, 14.

² Cf. *ibid.*

³ ARENDT, H., *De la historia a la acción*, Paidós, Buenos Aires, 2005, 32.

⁴ Cf. *ibid.*

⁵ Cf. PAZ, O., *El laberinto de la soledad, Posdata, Vuelta al laberinto de la soledad*, FCE, México, 1999, 236.

⁶ PAZ, *El ogro filantrópico*, 324.

⁷ *Ibid.*, 164.

⁸ *Ibid.*, 321.

⁹ PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, J. M., *Diccionario manual Griego-Español VOX*, VOX/Biblograf, Barcelona, 1980.

¹⁰ PAZ, *El ogro filantrópico*, 260.

¹¹ *Ibid.*, 285.

¹² *Ibid.*, 248.

¹³ CEZAR MISKULIN, S., “La Revolución Cubana y el caso de Padilla en las revistas Plural y Vuelta”, *Revista Estudios* (Córdoba) 23-24 (2012), 159-171.

¹⁴ *Ibid.*, 57.

¹⁵ *Ibid.*, 65.

¹⁶ *Ibid.*, 99-100.

¹⁷ *Ibid.*, 338.

¹⁸ PAZ, *El laberinto de la soledad...*, 239.

¹⁹ PAZ, *El ogro filantrópico*, 255-256.

²⁰ *Ibid.*, 276.

²¹ PAZ, O., “Pasado en claro”, v. 562 [en línea], <<http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/7/3080/11.pdf>> [consulta: 22/05/2014].